El telar de la vuelta inmóvil

Shyvirelle

La primera pasada del día fue tan corriente que Lidia la repitió por gusto. Abrió el hueco entre los hilos de la urdimbre, empujó la lanzadera de madera de izquierda a derecha y escuchó el golpe seco del peine al apretar la trama. La lanzadera llevaba el hilo transversal; no era una pieza que pudiera avanzar sola. Si Lidia dejaba de moverla, se detenía.

A esa hora el taller estaba vacío. Al otro lado del escaparate, el panadero abría su persiana y una mujer barría hojas junto al paso de peatones. Lidia trabajaba en un tapiz pequeño para la nueva biblioteca. El encargo era sencillo: cuadros de dos tonos y un borde continuo alrededor de la pieza.

Un patio vecinal recorría el lateral del taller, desde la calle hasta el muro del fondo. En esa fachada había tres ventanas altas: la primera junto al escaparate, la segunda a mitad del recorrido y la tercera cerca del fondo. Sobre un descansillo del patio se abría un tragaluz. Lidia lo usaba para ventilar en verano.

En la mesa había una muestra del día anterior. Para comprobar la combinación de colores, Lidia había tejido un cuadrado del tamaño de su mano y cerrado sus cuatro lados. Lo levantó por una esquina. La lanzadera, que descansaba en el telar, dio un salto de pocos centímetros.

Lidia miró la herramienta. No había nadie cerca. Puso la muestra otra vez sobre la mesa y tomó la lanzadera por la punta. Notó un pequeño tirón hacia el hueco entre los hilos, como si la madera quisiera repetir el recorrido que había hecho para construir aquel cuadrado.

Probó con otra tira, esta vez sin cerrar el último lado. La dejó sobre el banco.

El suelo pareció deslizarse bajo sus zapatos.

No fue un temblor. La taza de té seguía quieta, y una hebra caída conservaba la forma de un ocho. Sin embargo, el marco de la puerta se había desplazado unos dedos hacia la derecha respecto al interruptor. Lidia giró un poco el telar para alcanzar el interruptor sin tropezar con una pata. Durante el giro, la puerta dejó de correrse a la derecha y la franja de luz del fondo pareció acercarse. Al enderezarlo, el marco volvió a desplazarse de lado. Cuando levantó la tira incompleta, la puerta recuperó su lugar.

Dejó la pieza en el banco y abrió la puerta del taller. La calle estaba exactamente donde debía.

—Necesito dormir más —murmuró.

Regresó al telar. Trabajó despacio, evitando mirar los márgenes de la habitación. Cada hilo parecía guardar el movimiento con que había sido colocado. Cuando cerraba un pequeño cuadrado, la lanzadera recibía de golpe una parte de ese movimiento. Cuando dejaba un borde abierto, algo mucho más grande intentaba ocupar el lugar del hilo ausente.

Le hubiera gustado detenerse. Pero el tapiz principal ya tenía un rectángulo cerrado y, dentro de él, una franja sin terminar. La había dejado así para cambiar de color.

Bajo la lámpara de pantalla amarilla, Lidia puso una regla sobre el banco, paralela a la pared. Luego lanzó el carrete de hilo hasta la otra punta de la mesa. El carrete rodó; la regla no. Detrás de la regla, la pared avanzó lo suficiente para ocultar la mitad del interruptor.

La lanzadera quedó suspendida a la altura de su hombro.

Lidia soltó el carrete. El hilo le rozó los dedos, pero la herramienta de madera no cayó. Tampoco estaba apoyada en la urdimbre. Permanecía inmóvil en el aire, a medio trayecto entre los dos lados del telar, mientras el suelo se desplazaba bajo los pies de Lidia como una alfombra muy lenta.

Dio un paso hacia la puerta. La pared siguió moviéndose. El hueco de salida quedó detrás del armario de lanas y luego desapareció por completo.

Desde la acera, Eva, la mujer que barría, vio a Lidia cruzar el taller frente al escaparate. Se detuvo, preocupada por el modo en que la tejedora se agarraba al marco del telar. Eva no percibió ningún movimiento del suelo. Lo que vio fue más extraño: la puerta interior del taller parecía asomarse por detrás de una pared y retirarse antes de que Lidia pudiera alcanzarla.

Eva golpeó el vidrio con los nudillos.

Lidia se volvió. Vio a Eva al otro lado, a menos de tres metros. Entre ambas, el cristal estaba firme. Trató de responder, pero el banco avanzó en dirección contraria y le golpeó suavemente las rodillas.

Eva señaló la entrada. Lidia negó con la cabeza y mostró la pared que ahora ocupaba su lugar. Luego señaló el patio lateral. Eva entendió y se alejó por el pasillo que bordeaba las tres ventanas.

Lidia levantó la mirada hacia el fondo. El tragaluz seguía en su muro exterior, pero una franja del techo del taller tapaba casi toda la abertura. Desde dentro no había por dónde salir. Oyó los pasos de Eva en el patio y la vio aparecer un instante detrás de la ventana más lejana.

Recordó el pequeño giro que había dado al telar por la mañana. Con el bastidor paralelo al escaparate, la habitación se había corrido hacia un lado. Al torcerlo, aquella franja de claridad se acercó desde el fondo. No había movido una pared con las manos: había cambiado la dirección de su recorrido.

Dos patas del telar tenían ruedas pequeñas, instaladas para limpiar debajo. Lidia soltó sus frenos. La madera pesaba; tuvo que empujar con el hombro y usar una pata trasera como apoyo. La lanzadera permaneció en el aire mientras el bastidor giraba lentamente por debajo de ella.

Primero el telar quedó en diagonal. La esquina de la puerta dejó de esconderse tras el armario y el marco se desplazó oblicuamente hacia el fondo. Lidia siguió empujando hasta completar un cuarto de vuelta. Antes, el lado largo del telar iba de izquierda a derecha, paralelo al escaparate. Ahora apuntaba desde la calle hacia el patio.

La pared dejó de cruzar el taller de lado. El cuarto empezó a avanzar hacia el fondo. Los bordes de las ventanas laterales permanecían quietos; lo que cambiaba de lugar era el banco, la lámpara que colgaba sobre él y todo lo que Lidia tenía alrededor.

Una línea de luz se abrió sobre el armario. Después apareció el borde entero del tragaluz. Del otro lado, Eva subió al descansillo del patio y probó la manilla exterior. El cierre cedió. La vecina abrió la hoja de vidrio hasta el tope.

—¡Acerca el banco! —gritó.

Lidia lo arrastró hasta el muro del fondo. El cuarto seguía moviéndose hacia el patio, tan despacio que cada palmo parecía tardar una hora. Subió al banco, apoyó las manos en el alféizar del tragaluz y esperó a que el hueco quedara frente a sus hombros.

—¡Ahora! —llamó Eva.

La vecina la sujetó por los antebrazos. Lidia pasó primero la cabeza y luego un hombro; rozó la madera del marco al sacar la segunda pierna. Eva retrocedió sobre el descansillo para hacerle sitio. Entre ambas lograron bajar al patio.

Lidia se quedó apoyada contra el muro. El tragaluz continuaba abierto, pero por él ya no se veía el banco. La abertura daba a un rincón oscuro del taller.

Eva miró la fachada lateral. Las tres ventanas estaban cerradas. En la primera, la más próxima a la calle, apareció la lámpara de pantalla amarilla que seguía colgada sobre el banco. Su luz atravesó el vidrio de un extremo al otro y desapareció.

Unos segundos después, la misma pantalla pasó por la ventana central.

Lidia y Eva avanzaron por el patio sin acercarse a los cristales. En la tercera ventana, la del fondo, la lámpara volvió a cruzar, despacio, hasta perderse por el borde más cercano al tragaluz.

Las tres ventanas quedaron oscuras. Eva no soltó la mano de Lidia.